

«¿qué le parece, señor, mi pobre posada?» Respondió: «páreseme que es como el lechon, que lo mejor que tiene son los cueros.»

CUENTO LXXX.

Una cierta dama valenciana, ultra que era muy sabia, tenía una tacha, y era que á veces hablaba mas de lo que era menester. Un dia estando en sarao, tomóle un desmayo, y fueron corriendo á decirlo á su marido, diciéndole que su mujer estaba sin habla, el cual como lo oyese dijo: «déjala estar, que si eso dura, será la mejor mujer del mundo.»

CUENTO LXXXI.

Era un caballero, á quien no sabia mal el vino, y estando en conversacion con otros, después de haber comido, parecióle á él que fué afrentado de otro caballero, y por esto le desafió que se mataria con él con las armas que quisiese: respondió su contrario, que él aceptaba el desafío con tal que no fuese en cueros.

CUENTO LXXXII.

Una señora, que siempre queria saber, á Fulana quién la sirve, y Fulano á quién sirve, y Fulana en qué entiende, y Fulano de qué vive, demandó á un caballero estando en conversacion, que le prestase un libro que tenia de las vidas de los diez emperadores. Respondió: «señora, ya le vendí, porque soy muy enemigo de saber vidas ajenas.»

CUENTO LXXXIII.

Traian á un sobrino de Garci Sanchez dos mujeres en casamiento, de las cuales la una era de muy buena parte, sino que habia hecho un yerro de su persona, y la otra era confesa, con la cual le daban un cuento en dote. Llegando este mozo á demandar consejo y parecer á su tio sobre cuál de aquellas dos tomaria por mujer, respondióle así: «sobrino, yo mas querria que me diesen con el cuento, que no con el hierro.»

CUENTO LXXXIV.

Oyendo un presidente á un querellante fuera del juicio, ausente la parte contraria, atapóse con la mano el oído; y después que el querellante hubo propuesto ante él su causa, y dicho todo lo que habia de decir, dijo al pre-

sidente: «¿hame oido bien vuestra señoría?» Respondió: «bien, por cierto; mas este otro oido guardo para oír á vuestro contrario.» Dando á entender que el juez no ha de determinar cosa ninguna sin primero oír las dos partes, para del todo quedar satisfecho.

CUENTO LXXXV.

Entró en los estrados con su espada un caballero, en la chancillería de Granada, por solicitar cierto pleito que tenia; y como en semejante lugar no se puede estar con espada, llegóse á él un portero que tenia un Dios te salve por la cara á tomatuero, el cual le rogó que se la dejase. No aprovechando nada, quitósele él mismo de la cinta, y dijo: «tomad, hermano, pero yo os prometo, á fe de quien soy, que no tiene ella la culpa.»

CUENTO LXXXVI.

Paseábase un músico tiple y capado, por delante de un ropavejero, famosísimo judío, viejo y relajado, el cual por burlarse del músico le dijo: «¿señor, cómo le va á su gavián sin cascabeles?» Respondió el capado: «como al de vuesa merced sin capirote.»

CUENTO LXXXVII.

Preguntó un trapacero al autor un dia: decid, Fulano, ¿hay algunas coplas para vender? Diciéndole que no, tornó á replicar; pues qué, ¿no hay alguna mentira que podamos decir por Valencia? Respondió: «sí, señor, decid que sois hombre de bien.»

CUENTO LXXXVIII.

Caminando un caminante por su camino, encontró con dos hidalgos que llevaban dos perdices; hizose con ellos, y en llegando á la posada, mucho como servicial aderezó las perdices, y cortadas por sus manos las puso en la mesa. Viendo su poquedad, en que no habian hecho proveer de otra cosa mas que de las perdices, usó desta maña con ellos: y fué, que haciéndole sentar para que comiese con ellos, sacóse un cuchillo, y con la punta dél tomaba el pedazo de la perdiz. Dijéronle: «tomad con la mano, y dejaos de cerimonias.» Respondió el caminante: «hariales yo, señores, si lo sufriese mi oficio.» Dijéronle: «cómo, ¿qué oficio teneis?» Respondió: «verdugo, señores.— ¡Oh, pese á tal, dijeron ellos: «cómete tú solo las perdices!»

SEGUNDA PARTE

DEL

SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES,

EX EL QUE SE CONTIENEN ELEGANTÍSIMOS DICHO, Y SABIAS RESPUESTAS Y EJEMPLOS ACUTÍSIMOS PARA SABERLOS CONTAR EN ESTA BUENA VIDA.

CUENTO PRIMERO.

Habia un epitafio escrito en latin en una pared, y parándose unos letrados á leerle, leíanlo tan bajo que nadie lo oía. A la sazón paróse un soldado detrás dellos, y con no saber leer ni entender lo que decia, estaba diciendo: «¡oh, qué bueno! ¡lindo está por cierto!» Volvióse un letrado de aquellos, y dijo: «¿y qué es lo que vos entendéis desto, gentilhombre? Respondió el soldado: «nada; porque por no entendello es bueno, que si lo entendiese, maldita la cosa que valdria.»

CUENTO II.

Siendo un embajador prolijo en su razonamiento delante de un principe, al cabo que hizo su embajada, dijo: «perdoneme vuestra alteza, si he sido largo en mi relatar.» Respondió el principe: «no teneis de qué pedirme perdon, porque verdaderamente yo no sé lo que habeis dicho.»

CUENTO III.

Un filósofo pobre vino una vez á pedir limosna á uno que era gran gastador, y tenia mucho dinero delante, que jugando ganó, y pidióle un ducado. Y como no sea costumbre de los pobres demandar la limosna tasada, dijole el jugador que por qué le pedia mas á él que á ninguno de los otros que estaban allí jugando. Respondióle así: «hágolo porque de los otros pienso recibir limosna muchas veces, y de tí no mas desta.»

CUENTO IV.

Acabando de hacer una hermosa casa, un hombre de mala vida y fama, puso un escrito encima de la puerta, que decia así: «no entre por esta puerta cosa mala.» Visto y leído por un gran decidor, dijo á voces altas, porque algunos lo oyesen: «¿pues por dónde entrará el señor de la posada?»

CUENTO V.

Saliéndose el rey Chiquito de Granada y su madre con él, con mucha morisma de estima, por entregar la ciudad al rey don Fernando, subidos en un recuesto y volviéndose acia Granada, tomaronse todos á llorar. A lo cual dijo la madre del rey: «en verdad, señores, que haceis bien en llorar, que ya que no peleasteis como hombres defendiendo vuestra patria, conviene que lloreis agora como mujeres al dejarla.»

CUENTO VI.

Queriendo un rey hacer mercedes á un criado suyo, llamóle y dijole así: «por los buenos oficios que de tí he recibido, he determinado y quiero que seas mi secretario.» Respondióle como sabio: «de buena gana recibiria

yo tus mercedes, con tal de que no fuese para descubrirme secreto tuyo, porque es pesada carga, en especial secretos de reyes.»

CUENTO VII.

Viniendo de Grecia un sabio grieciano á visitar á un rey que tenia division con su mujer é hijos, que no vivia con ellos, le preguntó el rey al sabio, si habia paz y concordia entre las ciudades y repúblicas de Grecia. Por decirle que sí, y que curase dél, le respondió: «pregúntalo á tu casa, y mira por ella.»

CUENTO VIII.

Sabiendo Dionisio tirano que, por ser tan cruel, todos le deseaban la muerte, y que una vejezuela rogaba por su vida; maravillado desto mandóla traer ante sí, y preguntóle qué era la causa que rogaba por él. Respondió: «has de saber, Dionisio, que siendo yo moza, tuvimos un tirano y cruel por señor; rogué á Dios por su muerte, y murió; después tiranizó la tierra otro muy peor, y rogando que Dios lo llevase, también murió. Agora has venido tú, muy peor que los pasados; tengo temor que si mueres verná otro mas malo; por eso ruego á Dios que te dé vida, y te sostenga por muchos años.» A esta respuesta se sonrió el rey, y la dejó ir libre de su condicion.

CUENTO IX.

Yendo una vez un embajador del rey de Hungría con cierta embajada al gran turco, un sabio suyo, con licencia del mismo turco, en la sala do habia de entrar el embajador cristiano hizo pintar infinitas cruces. Llamado el embajador, y vistas tantas cruces por el suelo, quitóse el bonete antes de entrar en la sala, y arrodillóse, y á la primera besó y adoró, y de las otras no haciendo caso pasó adelante, é hizo acatamiento al gran turco. Viendo esto el sabio, dijo: «mal ha parecido, cristiano, pisar las cruces de tu Dios y no reverenciarlas.» A lo cual respondió el embajador: «yo hice lo que debia, y tú no hablas como sabio, porque en una sola creo y adoro, do murió mi Redentor Cristo, que á las otras no las hago desacato en pisallas.»

CUENTO X.

Un maestro de escuelas estaba enseñando á un discípulo suyo todas las pruebas de las cuatro reglas de la aritmética, y acaso los estaba mirando un medio truhançillo, y dijo: «maestro, ¿la prueba del sabio?» Respondió el maestro: «el necio. — ¡Y del necio? — El dinero.»

CUENTO XI.

Así como aquel filósofo nota tres necedades en los hombres, que son: ir por mar pudiendo ir por tierra; y to-

mar dineros sin contallos; y comenzar algun camino en ayunas; notó yo hay otras tres necedades. Y es la primera, estando en la cama con su mujer, para el *multiplycate* demandarle licencia; y en la mesa aguardar que le rueguen que coma; y teniendo sed, no pedillo.

CUENTO XII.

Porque ciertos criados del presidente de Cádiz llamaban traidores á unos reconciliados, fuéronse á quejar, y en oír la causa respondió el presidente así, mostrando que estaba bien dicho: «no os maravilleis, amigos míos, que estos mis criados son tan torpes y rústicos de ingenio, que no saben decir sino al pan pan, y al vino vino. Id con Dios, que yo los castigaré.»

CUENTO XIII.

Siendo convidado un caballero por un grande amigo suyo á cenar, de camino se encontró con dos hidalgos, que los hubo de llevar, mas por fuerza que por grado. Y como entrasen en casa del huésped, conoció que se había turbado, por no tener aparejado de cenar para tantos; por lo cual dijo á todos secretamente que no comiesen mucho de las primeras viandas, porque las había para la postre primorosísimas. Persuadidos con este comer poco, bastaron las viandas, y burló á sus amigos, y socorrió la falla de su huésped.

CUENTO XIV.

Convidado á comer cierto alcalde en Castilla por un grande amigo suyo, y por causa que había de juzgar cierto negocio después de haber comido, bebió muy templadamente. Conociéndolo el huésped dijo, ya después de comer: «si tan comedidamente bebiesen todos los hombres del mundo, barato saldria el vino.» Respondió el alcalde: «antes os digo de verdad, que mas caro, si cada uno bebiese lo que queria, como yo he bebido lo que he querido, y nada mas.»

CUENTO XV.

Sustituyendo el rey Filipo á un grande amigo suyo y letrado, por juez principal de sus reinos, este tal siendo viudo, y porque ya le saliesen canas, por parecer mancebo dábale pebradas. Sabiéndolo el rey, quitóte el oficio, diciendo: «quien con sus cabellos no es fiel, menos lo será con el administracion del reino.» Quiso sentir, que quien engañaba sus cabellos también engañaría la república.

CUENTO XVI.

Léese de un señor de salva, valenciano (que por humildad se calla su nombre), que rogó á su camarero que secretamente le trujese alguna señora que durmiese con él. Al fin, siendo ya muy tarde, le trujo una muy hermosa. Dijole en verla: «señora, ¿cómo habeis venido tan tarde?» Respondió ella: «sepá su señoría, que la causa ha sido esperar que mi marido se acostase.» Respondióle él: «pues id, buena mujer, y aguardad que se levante.» Y volviéndose á su camarero, le riñó, porque tenia por muy grande pecado echarse con mujer ajena.

CUENTO XVII.

Teniendo el rey Alejandro determinado de destruir la ciudad de Lamsaco, y con juramento de no hacer cosa que le rogasen, sabiéndolo el filósofo Anaximenes, maestro del rey, salióle al encuentro, y postrándosele por tierra, dijo: «yo te suplico, ó rey, que destruyas la ciudad de Lamsaco.» Viendo el rey la cautela deste sabio, por no quebrar el juramento, hubo de usar de misericordia.

CUENTO XVIII.

Bebia un filósofo en una taberna, y de tal manera que le

vió otro amigo suyo que pasaba por la calle. El que hebia, por no ser visto, se escondia acia dentro. Visto por el que pasaba, dijo: «eso es ponerte mas en ella.»

CUENTO XIX.

Como se casase un viejo al cabo de setenta años, y reprochándose algunos amigos suyos, que había hecho gran locura, respondió: que decían verdad, que el hombre en hacerse viejo perdía el seso, y que mientras le tuvo, siendo mozo, nunca le pudieron hacer casar.

CUENTO XX.

A un mancebo, trayéndole para que escogiese dos casamientos, el uno de una doncella loca con cinco mil ducados de dote, y otra muy sabia con cuatro mil, escogió la loca, diciendo: «vengan los cinco mil ducados, que yo no he hallado un ducado de diferencia de la mas sabia á la mas loca.»

CUENTO XXI.

Habiendo presentado á un caballero un plato de cerezas por fruta nueva, estando sobre mesa, el cual tenia dos hijos, el uno bastardo y el otro legitimo, que comian en otra mesa apartados, viendo el bastardo que no le daban dellas, alzó la mano y dió un bofetón al legitimo. Viéndolo el padre dijo: «ladron, ¿por qué has hecho eso?—Señor, porque me estaba diciendo: no te darán cerezas, no.» En gustar el caso el padre, dióles cerezas á los dos; pues el uno las demandaba con astucia, y el otro llorando.

CUENTO XXII.

Estando el duque de Calabria en el castillo de Játiva, vino á visitallo un dia el marqués de Cenete, y al pasar de una parte, siguiendo el duque y el marqués sus acostumbradas cortesías, dijo el duque al marqués: «pase vuestra señoría.» Respondió el marqués: «pasaré como á escudero, por obedecer á su escelencia.»

CUENTO XXIII.

Viendo uno que era tan buen razonador, que él mesmo no se entendia: tanto que estando en conversacion muchos amigos suyos, sobre mesa, contando cuentos, y que en acabar de contallos todos se reian, púsose á contar un cuento, que cuando le hubo acabado, quedó tan frio, que ninguno se rió. Viendo que ninguno se conmovió á reir, dijo: «ya os podeis comenzar á reir, señores, que yo he acabado de contar mi cuento.»

(Los siguientes cuentos en la presente edicion se han colocado al fin del SOBREMESA por la circunstancia que les distingue de contener cada uno de ellos la declaracion de un dicho ó frase proverbial.)

CUENTO XXIV.

Por qué se dijo.—Tanto que peor.

Hablándole á un mancebo labrador, si queria casarse con una moza del mesmo pueblo, respondió que no, porque le habian dicho que era grande comedora de pan, y que no podría él mantenerla, por no tener mas de lo que ganaba cada dia con sus manos. Sabido por la moza, encuentra con él en la calle, y dícele: «sabido he que no quereis casaros conmigo, porque dicen que soy gran comedora de pan; ¿sabeis cuánto lo soy, que me obligo con este solo mendrugillo de pan, que traigo en el remango de la saya, beber un cántaro de vino?» Respondió el mancebo: «tanto que peor.»

CUENTO XXV.

Por qué se dijo.—Corta-bolsas, y gran matador.

Estaba un astrólogo mirando, al tiempo que su mujer andaba de parto, en qué signo naceria la criatura, y haltó

que le nacieron de un parto dos hijos, y que el primero había de ser un gran corta-bolsas, y el segundo un gran matador; de lo cual recibió tanta tristeza el astrólogo, que no pudiendo disimular, lo conoció su mujer, y le dijo: «señor, dadme parte de vuestra fatiga, porque yo la remedie.» Dijo el marido: «habeis de saber que hallo, segun mi sciencia, que el primero de nuestros hijos ha de ser corta-bolsas, y el segundo gran matador.» Dijo entonces la mujer: «en la mano está el remedio. Al primero hacedlo bolsero, y cortará bolsas, y al segundo carnicero, y matará carneros.»

CUENTO XXVI.

Por qué se dijo.—Señores, yo he llamado tus señorías.

En una villa, habiendo acabado un vizcaino de labrar el campanario de la iglesia, y los dineros que dél hubo, acaesció que tenían un hombre para justiciar, y por no tener verdugo, fueron al vizcaino á decirle, que si lo queria ahorcar, que le darian un ducado y la ropa, el cual fué contento; y de ver en cuán poco tiempo había ganado tanto, y hallándose un dia sin dineros, subióse al campanario, y á repique de campana acudió todo el pueblo, y él en verlo junto, asomóse y dijoles: «señores, yo llamado tus señorías, has de saber que blanca no tienes; ya te acuerdas que por colgar hombre el otro dia distes ducado; agora he pensado una cosa, y es: que á chico con grande de tus señorías bolgaré ahorcar todos los de la villa á medio ducado cada uno; pues no tienes haciendas.»

CUENTO XXVII.

Por qué se dijo.—Y aun por eso hiede tanto.

Llamaba á la puerta de su dama un galán, y ella ya mohina, aunque lo conosció, díjole, que quién era. Respondióle muy requebradamente: «señora, es un servidor suyo.» Respondió ella entonces: «y aun por eso hiede tanto.»

CUENTO XXVIII.

Por qué se dijo.—Bien es que coma un bocado.

Yendo en una nave cierta compañía de soldados tomóles tan grande tormenta, que desconfiados de los remedios humanos, pusieronse todos en oracion suplicando á Dios los librase de tanto mal; y un soldado, en lugar de hacer lo mesmo, vase al aposento del capitán, y comienza de comer de lo mejor que allí halló. Maravillado el sarjento de ver aquello, díjole:

«¿Qué determinas, soldado, Agora con tu comer?»
Respondió: «pese á mal grado, Bien es que coma un bocado Quien tanta agua ha de beber.»

CUENTO XXIX.

Por qué se dijo.—Quitaré á vuestra señoría, y porné á él.

Tenia un gran señor, entre otros criados, uno muy diligente en saber escribirtodo lo que de nuevo acontecia, así de burlas como de veras. Aconteció, que estando el señor sobre mesa, mandóle que le trujese el libro de las novedades; y traído, vió en el principio de una hoja, que decia así: «el duque mi señor hizo tal dia una necedad, en dar quinientos ducados á un alquimista para que con ellos fuese á Italia á traer aparejo para hacer plata y oro.» Dijo entonces el señor: «y si vuelve, ¿qué harás tú?» Si volviere, quitaré á vuestra señoría, y porné á él.»

CUENTO XXX.

Por qué se dijo.—No quiero servidor tan viejo.

Requebrándose un galán con una dama, le dijo: «desde agora protesto, señora mia, de seros muy servidor; pues ha mas de doscientos años que no he visto otra tan her-

mosa como vos.» Respondió ella: «no quiero servidor tan viejo.»

CUENTO XXXI.

Por qué se dijo.—Dos contra mí, me doy por vencido.

Estando dos mancebos esgrimiendo con las manos en una sala, el uno dellos sintiéndose lastimado de un golpe que había recibido, y volviéndose á un aparador que estaba detrás, apaña de un majadero que estaba allí, para darle. Su contrario, que lo vido, dijo: «no, no, dos contra mí, yo me doy por vencido.»

CUENTO XXXII.

Por qué se dijo.—Hora buena vengais.

Era un filósofo que tenia por opinion, que no había mas de tres edades en el hombre, que son: infancia, juventud y senectud; y por ello saludaba á la gente de tres maneras. A la infancia decia: enhorabuena vengais. A la juventud: enhorabuena esteis. A la senectud: enhorabuena vais. Preguntado qué significaba aquello, respondió: que al mochacho decia, en horabuena vengais, porque venia al mundo; y al mancebo, enhorabuena esteis, porque está en aquella edad tan florida; y al viejo, enhorabuena vais, porque va camino de la sepultura.

CUENTO XXXIII.

Por qué se dijo.—Todo se andara.

Como fuesen azotando un ladron, y rogase al verdugo que no le diese tanto en una parte, sino que mudase el golpear, respondió el verdugo: «callad, hermano, que todo se andará.»

CUENTO XXXIV.

Por qué se dijo.—Aun no estamos acostados.

Estaban unos ladrones desquiciando una puerta, para robar lo que había en la casa; sintiéndolo el dueño de la posada, asomóse á una ventana, y dijoles: «señores, de aquí á un rato venid, que aun no estamos acostados.»

CUENTO XXXV.

Por qué se dijo.—Aquí testigos son de vista.

Andaba un pobre pidiendo por amor de Dios, por los ropavejeros de cierto pueblo, y á grandes voces decia: «acordaos, señores, de la pasion de Dios.» Dijole un estudiante: «hermano, pasad vuestro camino, que aquí testigos son de vista.»

CUENTO XXXVI.

Por qué se dijo.—A qué puerta llamarán que no respondan.

Subia un truhán delante de un rey por una escalera; y parándose el truhán á estirarse el borcegui, tuvo necesidad el rey de darle con la mano en las ancas, para que caminase; el truhán (como le dió) echó un traque. Y tratándolo de bellaco el rey, respondió el truhán: «¿á qué puerta llamará, que no le respondan?»

CUENTO XXXVII.

Por qué se dijo.—Qué, ¿buscástele consonante?

Un paje muy gran tronador, estando sirviendo á la mesa de su señor, no pudiendo hacer mas, aflojóse por abajo. Y él, porque no tuviese dello su amo sentimiento, comenzó de torcer el pié por tierra, haciendo ruido; pero el señor sintiendo lo que pasaba, díjole graciosamente: «qué, ¿buscástele consonante?»

CUENTO XXXVIII.

Por qué se dijo.—Habla Beltrán, y habla por su mal.

Un mochacho llevaba dos redomas de vino por la calle, y por apartarse de una bestia quebró la una con la otra, y entrando llorando por su casa, preguntóte su amo (que

tando arrodillado oyendo misa, sintió un famoso ladrón le estaba tentando la faldriquera, por do le dijo: «tate, hermano, no de aquesos, que son contados.»

CUENTO LXI.

Por qué se dijo. — *Sospirastes, Valdovinos.*

Arrodillándose un alguacil real llamado Valdovinos delante un presidente de Granada para que le firmase cierta provision (no pensándolo hacer) tiró un pedo á medio tono, de lo cual hubo sentimiento un caballero que estaba en el mismo aposento, apasionado del mismo mal, y dijo: «sospirastes, Valdovinos, las cosas que yo mas queria.» Oyendo la gracia, dijo el presidente: «yo nunca he visto hasta agora que ningun alguacil tenga poder para saltar, sino para prender.» Respondió el alguacil: «pues sepa vuestra señoría que necesidad no tiene.»

CUENTO LXII.

Por qué se dijo. — *¿Qué mas crédito tiene el asno que yo?*

Pidió un labrador á otro amigo suyo dentro en su casa, que le prestase un asno que tenia, para ir con él á la ciudad. El otro, escusándose que no lo tenia, que lo habia prestado á otro, sucedió que en este medio comenzó de roznar el asno en el establo. Entonces dijo el que se lo demandaba: «decid, compadre, ¿no es aquel que rozna vuestro asno?» Respondió el dueño: «necia condicion es la vuestra, compadre; qué, ¿mas crédito tiene el asno que yo?— Así me parece. — Pues entrad por él.»

CUENTO LXIII.

Por qué se dijo. — *Anda de ahí, no creas en sueños.*

Estando en conversacion el rey de Aragon una noche con muchos grandes señores, y tratando de sueños, dijo un gentilhombre de su casa: «pues sepa vuestra alteza que esta noche pasada soñé que de su mano era armado caballero, y me proveyó de muy buenas armas y caballo.» A esto respondió el rey: «pues así es, razon será que se cumpla tu sueño;» y así le armó caballero y le dió grandemente de comer. Oyendo esta grandeza otro criado, hijo de un caballero muy rico, deseoso de cierta villa, aguardó que el rey estuviere en semejante conversacion que la pasada, y viendo su lance le dijo: «sepa vuestra alteza que soñé la otra noche que me hacia merced de tal villa.» Conociendo el rey la trampa y cobdicia deste su criado, respondió: «anda de ahí, no creas en sueños.»

CUENTO LXIV.

Por qué se dijo. — *Mejor partido es morir que vivir.*

Viviendo con un gran señor muchos criados, dábales tan poco salario, y tan mal pagado, que pasaban con harto trabajo. Dejado esto aparte, tenia otro, que si por caso en su casa se le moria alguno de sus criados, gastaba tan largo en su enterramiento, que era cosa de estremo. Visto esto por un truhán suyo, dijo: «con este señor mejor partido es morir que vivir.»

CUENTO LXV.

Por qué se dijo. — *Músicos y poetas carecen de seso.*

Estaban en corte juntos en una posada dos amigos en ciertos negocios, y el uno era poeta, y el otro era un músico, á los cuales servia un solo mozo. Y estando los dos solos una noche platicando, dijo el uno al otro: «qué os parece, señor? no veis en qué reputacion y estima tienen estos cortesanos á los poetas y músicos, que nos llaman hombres sin seso? — Para eso buen remedio, dijo el otro. Ven acá, mozo, mañana traerás un par de cabezuelas de cabrito; toma, cata ahí los dineros.» El mozo, comprado que hubo por la mañana las cabezuelas de cabrito, y puestas á punto para las comer,

viendo que sus amos se tardaban de venir, aquejándole la hambre, sacó los sesos, y comidos, atólas como se estaban. Puestos sus amos á la mesa, y ellas delante vacias, así dijeron: «ven acá, mozo, ¿qué es esto? — Músico y poeta, que carecen de sesos.»

CUENTO LXVI.

Por qué se dijo. — *La vuestra por ser honesta se viste de negro.*

Un caballero en Sevilla tenia amores y acostamiento de una cortesana, la cual se revolvía con un mercader indiano muy mulato. Estando un dia en gran conversacion entre muchos caballeros, dijo este hablando de las cortesanas de Sevilla: «Fulana harto es hermosa, si no fuese un poco sucia, y Fulana desagraciada, y Fulana soberbia, y Fulana interesada.» Hubo uno dellos que le dijo: «La vuestra, señor, por ser honesta se viste de negro.»

CUENTO LXVII.

Por qué se dijo. — *Pon un tajado á asar.*

Llegando dos vizcainos que venian de camino á una venta, preguntaron si habia algo que cenar. Dijo la huéspedica que no tenia otra cosa sino un panal de miel. Respondió el uno dellos: «no entiendes, señora, qué cosa es panal de miel.» Dijo el otro su compañero presumiendo de muy agudo: «deja estar, señora, esté mi compañero, que es un asno, y pon un tajado á asar.»

CUENTO LXVIII.

Por qué se dijo. — *Sin este no sabrás guisallas.*

Un caballero dió á un mozo suyo vizcaino unas turmas de carnero para que se las guisase; y á causa de ser muy ignorante, dióle un papel por escripto cómo las habia de guisar. El vizcaino púsolas sobre un poyo, vino un gato y llevóse las turmas; al fin no pudiendo habellas, teniendo el papel en las manos, dijo: «¡ah gato! poco te aprovecha llevallas, que sin esto no sabrás guisallas.»

CUENTO LXIX.

Por qué se dijo. — *En todas ellas no hay una blanca.*

Paseábase un galán delante de unas damas que todas eran morenas, á las cuales llegó un pobre á pedir limosna, y ellas enviáronle al galán, el cual le dió medio cuarto. Llamando ellas al pobre, y sabiendo la cuantía que le habia dado, corriente diciendo: «pues ¿cómo, señor, no habia un cuarto en poder de vuesa merced?» Respondióles él: «no se maravillen vuestras mercedes que en mí no haya un cuarto, pues en todas ellas no hay una blanca.»

CUENTO LXX.

Por qué se dijo. — *Porque comprais muy barato.*

Tenia un mercader un hijo pródigo, que robaba la casa de su padre cuanto podia. Dándole reprehension un dia sobre ello, le dijo: «hijo, así como vendes á otros lo que me quitas de casa por poco precio, véndemelo á mí.» Respondió el hijo: «pues sus, padre, haced cuenta que os he hurtado aquellos cántaros de cobre; ¿qué me dareis por ellos?» El padre dijo: «ves aquí cinco reales por ellos.» Respondió el hijo: «dádmelos acá; pero yo os prometo que de aquí adelante no os venderé mas cosa ninguna, porque comprais muy barato.»

CUENTO LXXI.

Por qué se dijo. — *Que se ha vestido primero el jubon que la camisa.*

Estándose vistiendo un mancebo ladrón que acababan de azotar, y dándose prisa por ahorrar la grita de los moachos, dijo uno de dos hombres que lo estaban mi-

rando al otro: «¿habeis visto, y qué prisa se está dando en vestirse?» Respondió el otro: «mirad qué tanta, que se ha vestido primero el jubon que la camisa.»

CUENTO LXXII.

Por qué se dijo. — *Que amor con amor se paga.*

Yendo perdido un gentilhombre harto rico, por amores de una cortesana, y habiéndole escripto infinitas cartas, y á ninguna le hubiese respondido, suplicóle mucho, que por uso de buena crianza le respondiese alguna cosa, la cual le escribió desta manera: «señor, si tanto me quereis como decís, suplicoos que al presente me deis cincuenta ducados, que tengo mucha necesidad

dellos.» Dióle por respuesta: «señora, á eso que decís de dar, dar dada, que amor con amor se paga.»

CUENTO LXXIII.

Por qué se dijo. — *Que se moja y se gasta mi ropa.*

Habia prometido un señor de salva una capa riquísima á un truhán, la cual habia sacado en un recebimiento del rey. Ya que hubieron dejado el rey en su posada, parándose el dicho señor á tener plática (1) con unas damas que estaban en una ventana, comenzó de lloviznar; el truhán congojado, dijo: «aguije, señor, que llueve y se moja.» Respondióle: «y qué te da á ti que me moje? — Dáseme, porque se moja y gasta mi ropa.»

(1) La edicion de Alcalá de Henares, de 1576, dice *Palacio*.

ESTANZA.

Aquí se cumple, amigos, la promesa
Que en el sarao de amor fui prometiendo;
Aquí acaba y da fin el *Sobremesa*,
Sus cuentos en dos libros repartiendo;
Aquí se humilla, y lleva por empresa
A toda correccion irse poniendo;
Aquí pide y suplica á los lectores,
Que enmienden y perdonen sus errores.